

IN MEMORIAM

JOSÉ MARÍA PETIT

Hace unos meses, Jorge Soley me comunicaba que José María Petit estaba gravemente enfermo. Tenía cáncer, de mal pronóstico, aunque estaba animoso. Yo me encontraba preparando la XLIV Reunión de Amigos de la Ciudad Católica, que finalmente celebramos el pasado mes de mayo, en conmemoración anticipada unos meses del centenario de la encíclica *Pascendi*, bajo la rúbrica desde luego no complaciente de “la devastación modernista”. En este mismo número no sólo encontrarán la crónica, sino también las actas. Como queríamos contar con la participación del querido amigo, le pregunté a Jorge si le parecía razonable que lo llamase para interesarme por su salud y al mismo tiempo invitarle a hablar en la jornada. Así lo hice y encontré al José María de siempre. Algo taciturno, pero vivaz. Aunque parezca contradictorio. Transmitía también la serenidad de siempre. Me agradeció la llamada y declinó la invitación, pues con el tratamiento que iba a comenzar era probable que durante algunos períodos no se encontrara del todo bien, menos aún para viajar a Madrid. Pocas semanas después de nuestra reunión el mismo Jorge Soley me transmitía la noticia de su muerte. Juan Vallet y yo –ante la imposibilidad de desplazarme a Barcelona el 11 de junio, fecha señalada para la Misa por su eterno descanso, pues había de viajar a Santa Cruz de Tenerife por razones profesionales– telefoneamos al profesor Canals, su maestro, y el de toda la escuela, la filosófica y la teológica, y la cultural y política, y la apostólica, pues sólo hay una, la *Escuela del Corazón de Jesús*, la que procede del carisma fundacional del padre Ramón Orlandis, de la Compañía de Jesús, para darle nuestro pésame más sentido y rogarle lo hiciese llegar a la numerosa familia.

Muchas veces hemos hablado y escrito, por activa y pasiva, de la relación entre los equipos intelectuales de *Verbo* y *Cristiandad*. También Canals lo ha recordado en varias ocasiones. Y, obras son amores, lo hemos llevado a la práctica en las reuniones anuales de amigos de la Ciudad Católica, fruto en buena medida de la colaboración entre ambos, cuanto en ocasiones destacadas en la vida de las obras de nuestros amigos barceloneses. Así, respecto a lo primero, Francisco Canals comenzó a colaborar con nosotros casi en los primeros pasos de nuestra andadura y lo sigue haciendo hasta la fecha. Luego, en un segundo momento, nos trajo a José María Petit y José María Alsina, que forman parte igualmente importante de nuestra vida intelectual y apostólica. Más adelante, mientras duró su vinculación con la escuela, también tuvimos el gusto de contar con Eudaldo Forment. Y finalmente Javier Barrycoa y el mencionado Jorge Soley, que ya han salido de la juventud para entrar en una madurez fecunda, son habituales en nuestros trabajos. En el medio, son muchos los amigos barceloneses que, de un modo u otro, vinculados a *Schola* no lo han estado o están menos con nosotros. Desde, por empezar con los fallecidos, el hermano de Eugenio Vegas, Florentino, a José María Coronas y Manuel de Arquer. Pero también, entre los felizmente en activo, de Jope Echave-Sustaeta a Oriol Anguera de Sojo. También el mismo Paco Gomis que, cuando Speiro reeditó el libro de Canals *Cristianismo y revolución. Los orígenes románticos del catolicismo de izquierda*, redactó el prólogo. Pero son otros muchos los que esporádicamente han acudido a nuestros Congresos cuando se celebraban en Barcelona, de modo que la nómina se alarga aún más: Juan Casañas, Vives Suriá, Gerardo Manresa, Josep Maria Mundet, etc. Del otro lado, en los aniversarios señalados de la fundación de *Cristiandad*, o en los homenajes a Canals, Juan Vallet y yo hemos acudido a hablar o simplemente a estar presentes al lado de nuestros amigos. Sin olvidar la colaboración con la Fundación Elías de Tejada, tan ligada también a *Verbo*, aunque sólo sea por la memoria de quien fue nuestro colaborador ilustre y por quienes hoy la componen, que encargó a los amigos catalanes uno de sus proyectos más ambiciosos, a saber, la edición de las *Narraciones históricas* de Castellví, que una vez culminada presentamos en la Fundación Balmesiana.

Desde luego que la relación estrecha y fraterna que tengo la satisfacción de consignar no implica una identidad total de visión o de vías de apostolado ni una simpatía universal entre todos. Obras distintas con acentos distintos no creo que deba exagerarse la identidad. Pero, fieles ambas a la tradición de la Iglesia, con particular apertura a lo que significa la doctrina y la realidad del Reino de Cristo, tampoco me parece conveniente marcar las distancias.

En la cooperación dicha, José María Petit ocupaba un lugar destacado. Tras Canals, y junto con Alsina, fue de los primeros en llegar. Ahí están los índices de *Verbo* y los programas de las reuniones anuales de amigos de la Ciudad Católica para exhibirlo. Creo no equivocarme, aunque escribo fuera de mi biblioteca y sin poder comprobar lo que escribo, que en los últimos sesenta o en los primeros setenta ya aparecen sus nombres en nuestras páginas. Y desde entonces hasta la fecha. Los últimos años, por causa de hallarse Canals más retirado y Alsina engolfado en altas actividades universitarias de gestión, y aun no habiéndonos nunca fallado ninguno de los dos, era José María Petit para nosotros el punto de referencia en Barcelona. Pero a lo anterior hemos de sumar otros empeños también conexos en los que coincidíamos, tales como relevantemente la Sección Española de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino, de la que era vicepresidente mientras yo ocupaba durante muchos años la secretaría. En mi caso, me cumple aclarar, por sola fidelidad al inolvidable padre Victorino Rodríguez, O. P., que en su momento me encareció aceptase, y luego –tras su desaparición– por insistencia de Canals y el propio Petit, que veían con cierta preocupación, y no sin razón, el discurrir de la misma. El proceder de José María, en todo momento, fue señorial y, para mí, que por una serie de razones en absoluto buscadas ni queridas me vi envuelto en algunas situaciones no ciertamente gratas, su apoyo, junto con el de Canals, sostenidos durante el tiempo, hasta ahora, fueron muy importantes.

José María, ingeniero industrial, fue una vocación tardía a la filosofía, pero se entregó a ella con pasión. Fue hasta su muerte catedrático de Filosofía de la naturaleza del *alma mater* barcelonés y entre su producción escrita son de destacar un libro penetrante sobre Augusto Comte y otro central sobre la filosofía de la natura-

leza como “saber filosófico”. Pero son sobre todo sus artículos en *Cristiandad* y en *Verbo* los que he leído durante treinta años con sumo deleite. Artículos en los que la filosofía se encontraba al servicio de la teología y ambas abiertas al amor misericordioso del Corazón de Jesús. José María, patrono de la Fundación Balmesiana y presidente de la Fundación Ramón Orlandis, estaba en un momento de singular profundidad. Recuerdo perfectamente cómo la última vez que le oí, en nuestra reunión celebrada en Barcelona en diciembre de 2005, estuvo particularmente incisivo. Así como en sus dos artículos relativos a las relaciones Iglesia-Estado y a si puede existir una laicidad no laicista. Ese es el José María Petit que conocí. El comunicador entre desordenado y chispeante, en absoluto convencional, pero que llegaba al auditorio. Y el amigo generoso. *Cristiandad* lo dirá con mejores razones y más afinadas palabras. Pero, desde aquí, desde *Verbo*, aunque nos consuele su destino, no podemos dejar de llorar su ausencia. Confiamos en que Dios, Nuestro Señor, en su infinita misericordia nos hará llegar por caminos que nos son ignotos, dones que suplan, y aun excedan, en este combate *para que Él reine*, los saberes y las acciones de su siervo José María. Descanse en paz.

MIGUEL AYUSO